

Poesía para niños

por Ana María Romero Yebra*

De la poesía inicial que disfruté en la infancia a la de ahora, que escribo para ofrecer a los demás, hay una dilatada trayectoria evolutiva, larga en experiencias, en maduración personal, de la que me siento plenamente orgullosa como ser humano amante de los versos. Es como el juego de la oca de mi niñez en el que cada avance de la ficha, gracias a los puntos del dado, me acercaba más a la meta, a la oca del número final. La poesía para mí ha sido siempre un hermoso y apasionante juego en el que cada poema leído o escrito me ha llevado poco a poco a conseguir esa alegría que da el sentirse satisfecho de lo que sale de nuestra mente, de nuestra pluma, y entonces entregarlo a los demás.

Me atrajeron los libros desde muy pequeña, tal vez porque en los bajos de mi casa de Madrid había una librería —papelería que yo visitaba casi todas las tardes—, y donde Mariano, el dependiente, me atendía con todo el cariño. Le daba una peseta y volvía feliz con mi cuento de *La Cenicienta*, *Piel de Asno*, *Almendrita* o *El Gato con Botas*, en ediciones en rústica de Editorial Losada, de Buenos Aires. Sólo la portada era en color y por dentro tenían la letra pequeña y apretada, con pocos grabados, casi siempre muy bellos. Había también otros, todos a color, en papel *couché* que valían dos pesetas. Recuerdo que, de ellos, me daba terror el de *Barba Azul* que aparecía en la cubierta con la espada sangrante y rodeado de las cabezas de sus esposas degolladas. Le

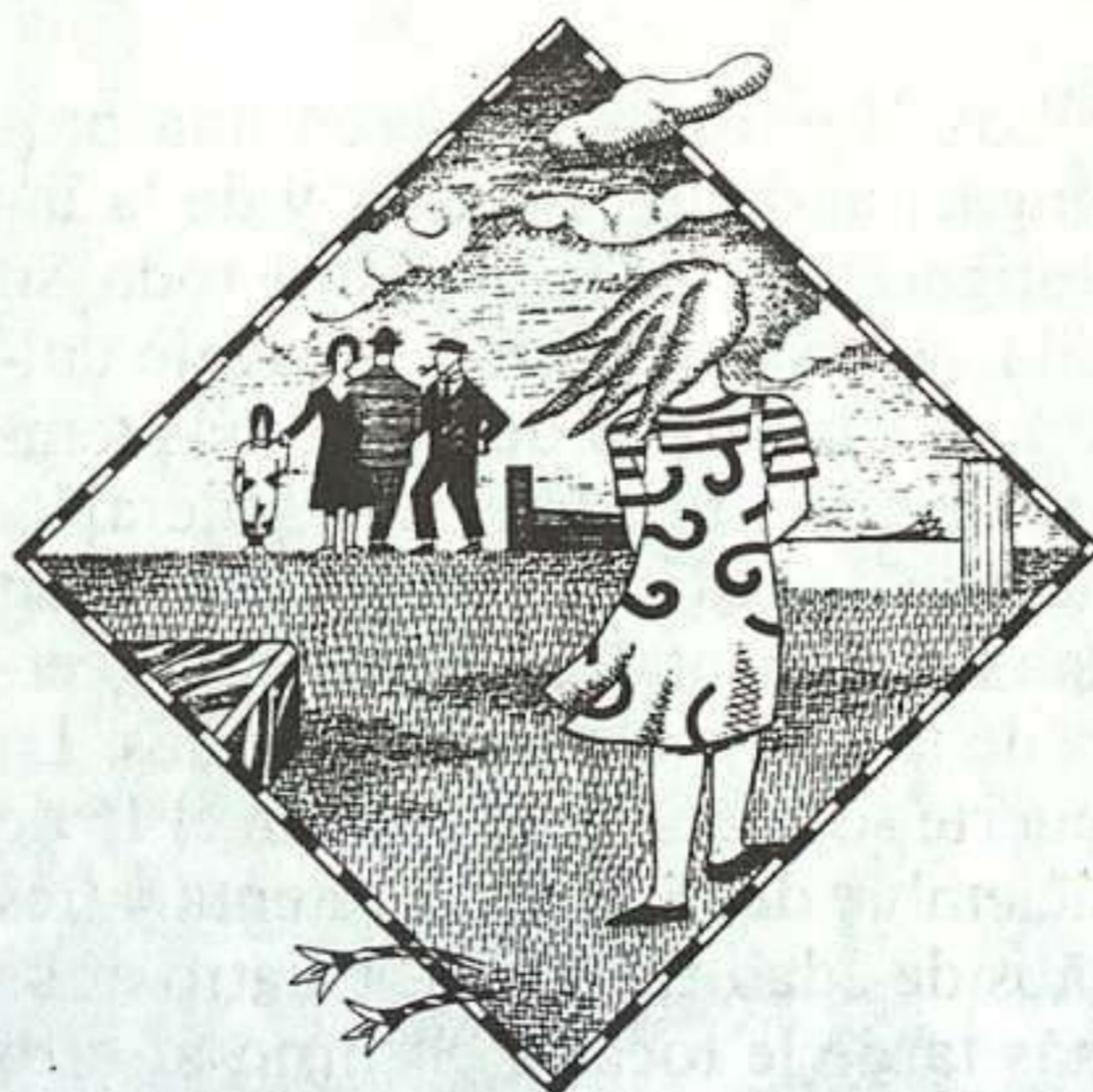
decía a Mariano que no quería verlo y él, por hacerme rabiar, lo deslizaba entre el montón del que yo elegía. Mi madre me leía aquellos cuentos una vez y otra accediendo a mis ruegos y más tarde yo se los contaba —casi palabra por palabra— a la señora Lorenza, dueña de una fábrica de gaseosas que estaba en mi calle y a su hija Carmencita; o al señor García, el del bar de enfrente de casa, mientras mis padres tomaban unas cañas allí.

Romances inolvidables

Pero, además, mi madre sabía trozos de romances y canciones antiguas que me cantó desde la cuna (lo sé porque luego lo hizo con las dos hermanas que me siguieron); y las historias del Conde Olinos, del sevillano que tuvo siete hijas, de Catalina con su rueda de cuchillos y navajas, y del Pa-

sadito de Oro, despertaron sin duda mi afición poética porque eran como lo que me leía en los cuentos pero con una rima, una melodía y una sonoridad que las hacía aún más inolvidables. Como, además, no había tele que nos alienara, las niñas de entonces jugábamos al corro y a la comba, escenificábamos romances y canciones, sabíamos adivinanzas y trabalenguas y recitábamos poesías, aunque fueran con moralina, dentro y fuera del colegio, así que el paso siguiente fue muy fácil, y a principios de los años 50 yo ya había aprendido a leer con la señorita Julia Piña, en el colegio Tirso de Molina, que era privado y estaba en un primer piso una calle más arriba de la mía. Leer me entusiasmaba y, aunque en casa no había demasiados libros, recuerdo una *Historia de España y de las Repúblicas Latinoamericanas*, en varios tomos encuadernados en verde, que me ventilé en la más tierna infancia. Además siempre podía encontrar algo más aventurero como *El Señor de Bembibre*, *El Conde de Montecristo* o *Genoveva de Brabante*, junto a novelas de Zane Grey, revistas y periódicos.

Pronto tuve mi propia biblioteca con los libros de Losada, algunos de Celia, los cuentos de Calleja y los tebeos que compraba semanalmente: *El Guerrero del Antifaz* —que era mi ídolo—, *Jaimito*, *Florita*, *Pulgarcito* y el *TBO*. Más adelante fueron *El Capitán Trueno*, *Supermán* y *La pequeña Lulú* también. Los compartía con Miguel Ángel Ramos, mi vecino del



F. DELICADO, FLOR DE MIEL, MADRID: SIRUELA, 1991.

tercero, y los cambiaba pagando unos céntimos en la tienda de Carmina, en la calle de la Encomienda. Mi poesía era entonces muy limitada: Fábulas de Esopo, Samaniego e Iriarte, romances, muchos cuentos en verso —¿Dónde está mi hijo?; *El cerdito limpio*; *Maribel, Tito y el profesor Tulipo*— y las rimas de Bécquer que me había regalado mi tía Paquita y leí mil veces. No entendía la mitad de las palabras, y menos aún la riqueza de las imágenes, pero me volvía loca su sonoridad, su ritmo increíble, la fuerza de su rima.

Me encantaban los romances y sobre todo el libro que tenía mi amiga Pili y que yo disfrutaba solamente cuando íbamos a pasar el verano a Belmonte, a la casa de mis abuelos, porque ella vivía allí. En Belmonte aprendí las conmovedoras historias de la Condesina, Doña Alda, Don Boiso y muchas más, que unas veces leíamos nosotras y otras nos recitaba la hermana mayor de Pili, Hermelinda, que tenía nombre de princesa. Aquel libro de romances que llenó tantas tardes de verano me parecía el bien máspreciado que se podía tener, y le ofrecí a mi amiga los que quisiera de los míos, incluso toda la colección Calleja a cambio de él, pero no quiso dármelo y yo jamás lo encontré aunque fui a buscarlo por algunas librerías madrileñas. Consecuencia de este pequeño trauma infantil debe ser la afición que siempre he tenido a los libros de romances; deben faltarme poquísimos de los que han sido editados, y desde los eruditos tomos escritos por Menéndez Pidal hasta las selecciones más sencillas hechas para niños, disfruto leyendo las variantes recogidas de un libro a otro, pero nunca, nunca, os lo puedo asegurar, he encontrado un libro más hermoso ni más completo que el que tenía en Belmonte mi amiga Pili Rada, y muchos de los romances más conocidos, después de haber leído y comparado docenas de versiones, los recuerdo únicamente tal y como los aprendí en su libro, con ella



F. DELICADO, FLOR DE MIEL, MADRID: SIRUELA, 1991.

al lado, en aquel hermoso pueblo de La Mancha de Cuenca.

Primeros pasos

De esos veranos de los años 50, ya hacia el final, datan mis primeras composiciones poéticas escritas en Belmonte. El río Monreal, el castillo, las ruinas del molino de viento, los trigales, las amapolas y Jacinta eran mis temas favoritos. Jacinta era una niña varios años más pequeña que yo, que vivía en la vecindad. Feota, rústica, pero con unos bellísimos ojos azules —yo siempre quise tener los ojos azules—, me dio por hacerle versos; incluso empecé a recopilarlos en un cuaderno en cuya cubierta puse: «Romances para Jacinta» y eran todos, efectivamente, romances, sin duda, porque su estructura y su rima asonante eran más fáciles de conseguir para mí y tal vez influida por los cantos de mi madre y el romancero de Pili Rada. No conservo ninguno escrito, pero la mayor parte me los sé, y teniendo en cuenta mis 12 o 13 años, no eran tan espantosos. Por cierto que este trauma de los ojos también lo tengo superado, pues aunque siguen sien-

do color miel, me casé con un apuesto príncipe de ojos azules y mis dos hijas también los tienen como él, mucho más bonitos aún que los de Jacinta.

En esos años de mi bachillerato, descubrí a Lorca, Machado, Góngora, Lope, que llegaron a mí en el Colegio de San José a través de un profesor de literatura excepcional, don Antonio Madrid, para el que la poesía y la belleza de la composición escrita eran lo fundamental en el lenguaje. Supongo que también nos hablaría de las oraciones subordinadas, pero yo sólo recuerdo lo que con él aprendí de escritores, metáforas e imágenes poéticas. Entonces me gustaba Antonio Machado más que Lorca, y él me dejó el *Romancero Gitano* —otra vez Editorial Losada en mi vida—, y me encantó, porque se parecía a los romances antiguos pero con personas y situaciones de nuestro tiempo. Leí toda la poesía que podía comprar, que me prestaban; buscaba entre los libros usados del Rastro madrileño a los poetas, me daba igual Lorca que Gabriel y Galán, Miguel Hernández que Campoamor o José María Pemán. Creo que eso me ha hecho ser más selectiva de mayor. El conocer a fondo la poesía, el teatro o la pintura, hace que una vez que ya se está formado estéticamente se pueda separar con facilidad el grano de la paja y hacer una escala de valores propia, mediante la cual podemos discernir lo que es válido únicamente.

Recuerdo después mi juventud y los estudios de Magisterio como una época en la que seguí descubriendo nuevos poetas y escribiendo mucho. Otra vez el apoyo de un gran profesor —esta vez don Arturo Medina— impulsó y canalizó mi afición a la poesía con su estímulo y sus consejos. Él nos grabó a las futuras maestras en lo más hondo, durante aquellas agradabilísimas horas de clase, la necesidad de inculcar en el niño el gusto por la poesía, la obligación de recuperar los romances, las canciones de corro, las

tradicionales, el folclore infantil, desde nuestras escuelas. En esa época, a mediados de los años 60, descubrí su antología poética *El Silbo del Aire*, que ha sido mi libro de cabecera escolar hasta el día de hoy. Todos mis alumnos, y mis hijas las primeras, han acudido a él a beber de la poesía más auténtica y más bella que pueden saborear los niños. A mí me enriqueció, además, con nuevos nombres que fui descubriendo: Carlos Murciano, Celia Viñas, Gloria Fuertes, González Estrada, Luis Rosales, Julio Alfredo Egea, Leopoldo de Luis, Jaime Ferrán...

Poesía para niños

Ver el goce con que los niños se acercan a la poesía; la ilusión con que la aprenden, la escenifican, la recrean; el saber que forman su propio gusto estético con ellas, fue lo que me impulsó a ampliar mi oferta también a los niños. Cuando salió mi libro de poesía infantil yo ya tenía tres poemarios publicados de los que me sentía muy satisfecha, pero un libro para chavales era todo un desafío. Era poder hacer lo que Celia Viñas con su *Canción tonta en el Sur* o lo que Carlos Murciano con su *Bufanda amarilla*: sembrar en el niño una poesía hermosa que arraigara en él para siempre, y eso es difícil. Por eso me sentí orgullosa cuando se presentó en Almería en abril de 1989, y la Casa de la Juventud se llenó de niños y mayores que disfrutaron oyendo los poemas; viendo a los críos disfrazados de hormiguitas, de pastores, de flores; escenificando las poesías, cantándolas; participando de aquella fiesta llena de alegría, de globos, de caramelos, de pegatinas, en la que la poesía infantil fue la protagonista. Me dio la impresión de que ese día empecé a pagarle a la poesía todo lo que ella había hecho por mí a lo largo de mi vida, y el poder acercársela a los niños fue una maravillosa experiencia a la que no quiero renunciar jamás. Y me



F. DELGADO, FLOR DE MIEL, MADRID: SIRUELA, 1991.

emociona como autora que me llamen de una biblioteca o un colegio y los chavales reciten o lean lo que yo he escrito, y pregunten que cuándo sale otro libro mío de poesía, porque ése ya se lo saben; y también tener compañeros maestros que la utilizan a diario y me piden ayuda para elegir las o trabajarlas, sin saber que son ellos los que me ayudan a mí, los que me estimulan a seguirlas creando de todos los temas, de todas las situaciones, para que siempre haya un poema que pueda introducir al niño en la materia que se le quiera enseñar de la forma más bella.

Dicen a veces mis compañeros:

—He pensado explicar a los de 7º lo que es un soneto con uno tuyo. Estamos dando el Renacimiento, y creo que de entrada les vas a interesar tú, más que Garcilaso, porque a ti te conocen.

—Oye, necesito una poesía sobre un gusano para Preescolar. ¿Tienes alguna?

—Por favor, búscame algunos poemas sobre el mar. Es que en 5º estamos dando las costas y los océanos...

Y yo los consigo recurriendo a mis viejos amigos los poetas de siempre y los de ahora; a veces hasta los hago si no hay nada escrito; todo, menos que se pierda esa ocasión de ofrecer a los niños una poesía y que se desaproveche la inquietud de unos compañeros que aman los versos.

Poesía arrinconada

Por desgracia el mundo editorial va por otros derroteros y la narrativa ha copado totalmente las colecciones de libros para niños sin que los poetas se expliquen por qué las editoriales valoran y consideran únicamente la prosa —también se edita poquísimo teatro infantil—, y se rechazan magníficos originales por el único delito de estar escritos en versos. Ningún adulto amaré la poesía ni tendrá jamás una visión poética de la vida y del mundo, que falta nos hace, si antes no ha llenado su infancia con la magia de los romances, de las canciones de corro, de la poesía popular, de los versos de autores que han escrito pensando en el alma receptiva del niño, en su intuición para captar la belleza oculta de un poema.

Dentro de unos meses otro libro mío de poesía infantil estará en las librerías. Quisiera prodigarme más con los niños, pero el mundo editorial no me lo permite; sin embargo, he aprendido a ser tenaz, a insistir, a esperar, mientras sigo creando poesía porque la vivo en cada momento, en cada situación, y aunque tarde en verla publicada, la siento entre nosotros siempre, y desearía que se hiciera una constante en nuestra vida, hasta el final.

Es una pena que ese palpito que se transmite al niño no sepan captarlo los editores, al menos en su mayoría, tal vez porque de pequeños no escucharon romances, ni se emocionaron con la belleza de un poema, ni jugaron al corro.

Ellos se lo han perdido, pero yo no estoy dispuesta a que los niños de hoy se lo pierdan, así que seguiré escribiendo. Ya se sabe: de poesía a poesía y la escribo porque me mola todavía. ■

* Ana María Romero Yebra es profesora. Ha publicado varios libros de poesía.